

antes y después del Hubble

A black and white photograph of an elderly man with a beard and mustache, looking directly at the camera. He is wearing a dark jacket over a collared shirt and a patterned tie. The background is a brightly lit hallway with other people walking in the distance. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows.

Huberto Batis,
cuando el magisterio hincó raíces

Leopoldo Lezama

El promotor

Huberto Batis es uno de los intelectuales mexicanos de la segunda mitad del siglo veinte que más ha hecho por la difusión de la cultura. Su trabajo en revistas y suplementos culturales abrió las puertas a generaciones de escritores que hoy son parte de la literatura mexicana. Sabemos que su vocación inicial fue la narrativa. En la adolescencia llevó sus cuentos a las oficinas de *El Informador* de Guadalajara y en 1958, becado por el Centro Mexicano de Escritores, publicó el relato “El rumor del silencio”, en la revista *La Palabra y el Hombre* dirigida por Sergio Galindo.

Sin embargo, Batis decidió dedicar sus empeños a la academia, la crítica literaria y el oficio de editor. Su participación en publicaciones como la legendaria *Revista Mexicana de Literatura* fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, y *Cuadernos del Viento*, codirigida con Carlos Valdés fue crucial en la transición entre los grandes escritores anteriores a 1960 y la llamada *Generación de Medio Siglo*: Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, José de la Colina, Sergio Pitol, José Carlos Becerra, Juan José Gurrola y Esther Seligson. También le dio voz a un grupo de jóvenes que comenzaban a escribir con otro lenguaje y otros referentes: José Agustín, Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña.

Siempre incluyente, en el suplemento *Sábado* del diario *Unomásuno*, confió en plumas inéditas y así se dieron a conocer los escritores del *Crack*, la denominada *literatura basura*, y una buena cantidad de notables narradores y ensayistas (Enrique Serna, Evodio Escalante, Sandro Cohen, entre muchos otros). El editor Luis Mario Schneider escribió que Huberto Batis, como en su momento Octavio G. Barreda, ofreció su talento a la promoción de la cultura: “Los dos eruditos sin pérdida de la frescura descuidan su propia obra por desprendimiento”.

El profesor

Como Daniel Cosío Villegas y José Vasconcelos, Huberto Batis cree que la cultura debe ser un bien público: “Una de las funciones de la universidad es enseñar, la segunda es investigar, y la tercera es sacar a la universidad a la calle”. Humanista moderno, celebró la iniciativa de Juan José Arreola de fundar la Casa de Lago: “El haber llevado la universidad al bosque de Chapultepec, el hacer conciertos con la orquesta de la UNAM, el fundar *Poesía en voz alta* con Octavio Paz fue algo extraordinario para la gente”.

Huberto Batis lleva cincuenta años impartiendo magisterio en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En sus clases de “Iniciación a la investigación literaria” y “Taller de revista”, enseñó a editores principiantes a establecer un *dossier*, organizar un índice o redactar fichas bibliográficas con un particular cuidado. Este rigor no es gratuito: el maestro octogenario estudió griego y latín en un colegio jesuita, trabajó en la Imprenta Universitaria y corrigió pruebas en el Fondo de Cultura Económica. Además, aprendió las minucias filológicas con Alfonso Reyes en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, y fue discípulo de Antonio Alatorre en el Colegio de México.

Huberto Batis no olvida que Reyes lo ayudó a establecerse en la gran ciudad, a la cual llegó con 300 pesos: “Llegué a casa de Reyes en Benjamín Hill: me esperaba en la puerta su mujer, Manuelita Mota, pagó el libre y me introdujo al *sancta sanctorum*, hasta el *mezzanine* de la Capilla Alfonsina, donde estaba su escritorio, sus ficheros y el echadero donde dormitaba en las vigiliadas interminables”.

Hace algunos años, en la presentación de una antología de narradores y poetas de la Facultad de Filosofía y Letras, los coordinadores del libro discutían en torno al papel de la academia en la formación de los escritores. No quedaba muy claro cuál era la función de los estudios literarios formales en un trabajo que consistía básicamente en escribir. Desde el público, el profesor Batis pidió la palabra y explicó el lugar de la universidad en la vida de un escritor: “Los jóvenes vienen aquí a ser hombres cultos. Entonces, también serán escritores cultos”.

A lo largo de muchas décadas, Huberto Batis ha defendido la función constitutiva de la lectura. Para él, la producción hemerográfica va más allá de encumbrar figuras literarias: aporta a la construcción de una sociedad lectora: “Hay miles de libros, pero la gente no tiene cómo conseguirlos, no tiene dinero para comprarlos porque cada vez son más caros. Entonces, un periódico que tiene un buen suplemento cultural puede hacer la labor que los libros no pueden hacer”.

Impulsor de *Pedro Páramo*

En el año 2007, entrevisté a Huberto Batis con motivo de los noventa años de Juan Rulfo. En esa charla, el ex director de *Cuadernos del viento* dibujó uno de los retratos más ricos que se han hecho del escritor jalisciense. Habló de un hombre humilde, de pocas palabras y carácter hosco que trabajó en los más diversos oficios. Este “escritor nato”, dijo, en contraposición al enciclopedismo de Arreola, por muchos años no tuvo el reconocimiento que merecía (su propio editor, Alí

Chumacero, no le auguró un buen destino) y fue el tiempo quien puso a Juan Rulfo en el lugar más alto de la literatura castellana. No obstante, Batis contribuyó a que la novela tuviera un mayor alcance en nuestro país: “Yo era gerente en el Fondo de Cultura Económica y vino un impresor que tenía una máquina que sacaba un libro cada tres minutos. Me ofreció hacer un tiraje enorme de un libro y yo le di *Pedro Páramo*. Hicimos cincuenta mil ejemplares de *Pedro Páramo*. Entonces le di la noticia a Rulfo: ‘Hemos hecho cincuenta mil ejemplares de tu libro’, y él me dijo ‘¡Estás loco! ¡Nunca se van a vender!’ Y yo le dije: ‘¡Sí se van a vender porque van a ser muy baratos’. Él se enojó porque el libro estaba empastado en la colección Letras Mexicanas y tenía un precio, y ahora yo lo iba a vender más barato. ¿Quién lo iba a comprar? La SEP lo puso como libro de texto en todo el país y se acabaron los cincuenta mil ejemplares. Además le dieron a Juan treinta centavos de regalías por ejemplar. Entonces le dije: ‘¿No que no?’”

A la muerte del escritor en enero de 1986, Batis hizo otro aporte a la bibliografía rulfiana al sacar a la luz los famosos fragmentos que posteriormente publicó la editorial ERA como *Los cuadernos de Juan Rulfo*. En aquella entrevista, Batis contó la historia de ese archivo: “De pronto llegó Carlos Velo, el que llevó al cine *Pedro Páramo*, y nos llevó a Benítez y a mí a *Sábado* una caja de zapatos llena de papeles alisados y recortes. Porque Rulfo decía a Velo: ‘Tú te vas a hacer cine. Déjame tu departamento porque yo en mi casa no puedo trabajar. Tengo un montón de hijos, mi mujer, la cocina, la aspiradora’. Entonces se iba a escribir ahí, y todo lo que no le gustaba lo desgarraba y lo tiraba a la basura. Y Velo por la noche lo guardaba como reliquia. Entonces entre Benítez y yo armamos un *Sábado* de fragmentos de escrituras inéditas de Rulfo, de *Pedro Páramo* o de *El llano en llamas*: fragmentos, distintas versiones. Ahora todo eso lo ha editado ediciones ERA y le han puesto prólogo de la esposa y lo venden como un libro de Rulfo. Pero nosotros lo hicimos antes en *Sábado*”.



El legado

A pesar de haber dirigido publicaciones capitales en la vida intelectual mexicana y de haber sido elogiado por hombres de la estatura de Agustín Yáñez y Octavio Paz, Huberto Batis nunca hizo del despotismo una maniobra para abrirse paso entre la jungla de las letras mexicanas. En sus revistas y suplementos hubo lugar para todos: los nombres consagrados y aquellos que esperaban una oportunidad para publicar sus primeros textos. Enrique Serna ha hablado de esta apertura: “Quienes han hecho de la pedantería un hábito mental y un estilo de vida, nunca pudieron tolerar que en las páginas del suplemento un exquisito ensayo sobre Mallarmé cohabitara promiscuamente con la crónica de un homosexual masoquista narrando sus experiencias en los bares *leather* de Nueva York”.

Su charla mordaz y devastadora también nos alertó de ese inframundo en que nacen y mueren los libros: la hipocresía, las mafias, las corruptelas, los compadrazgos,

el servilismo extremo a favor del éxito inmediato, los cacicazgos que hacen y deshacen, el peligroso y por desgracia necesario auspicio gubernamental, los odios, las traiciones, la insana convivencia entre críticos y criticados, el oro falso de los aduladores, la creación express de autores chatarra.

La ausencia de Huberto Batis en el orbe de las publicaciones periódicas ha dejado una oquedad que aún no se ha llenado. Al parecer, el inframundo ha ido ganando terreno. Su ausencia en las aulas de la Universidad Nacional también dejará una grieta. Y aunque Carlos Monsiváis le recomendó no perder el tiempo con alumnos cada vez más laxos, Huberto Batis sigue de pie, dando la batalla.

Como los grandes maestros que han despertado en muchos estudiantes y escritores el maestro interior, el rebelde dormido, ahí seguirá hasta el último día de su vida. **▲▲**